*Viviendo con Lesbia María*, editorial Deco Mc Pherson, 2020

Fragmentos:

Con humor, erotismo, pero con un dramatismo subyacente, las peripecias de un heterosexual sesentón obligado a vivir en departamento de su amiga lesbiana son el pretexto para poner al descubierto la falsa moral y la gazmoñería cotidianas en una sociedad que blasona de abierta y tolerante con las diferencias.

Unas palabras sobre anécdotas y personajes:

A Lesbia María me la inventé, pero es real en esencia. La formé a partir de historias escuchadas a algunas amigas lesbianas.

A El Trashumante también lo inventé, si bien en él hay un tanto de autobiográfico y mucho más de la vida de gente que he conocido.

Trashumantes hay muchos en Cuba, no reconocidos desde luego. Por ello acaso muchas personas podrán verse retratadas de una manera otra en ese personaje.

La Dentuza y la Jimagua son casi ellas mismas, poco les añadí de mi cosecha: Son personajes de detestada memoria para quienes las conocieron en la antigua Escuela de Letras y quizás las recuerden.

(Acaso algunos me acusen de tratarlas con demasiada benevolencia. Las de la vida real tomadas como modelos eran peores).

Con los nombres cambiados (si bien manteniendo la letra inicial), son tan verídicos Facundo, Horacio, Felipe, José y David, como las dramáticas circunstancias que les tocó vivir en la Facultad de Humanidades, en los inicios de la década de 1970, cuando fueron expulsados. Aunque algunos pretenden negarlo.

Richard es Richard, un ser humano de carne y hueso, con sueños y frustraciones como cualquier otro. La conversación en un ómnibus entre él y el autor de la obra existió en la realidad extraliteraria allá por los ochenta, quedó grabada en algún rincón de la memoria y afloró mientras corría la trama.

Lo recuerdo como una bella persona.

El pasado se debe empaquetar para que no impida continuar el viaje, nos advierte el Tao del Viajero.

Empaquetar el pasado es no quedarse varado en lo que fue, es no dejar de avanzar por estar encandilado con él.

Pero nunca es negarlo.

\*\*\*\*\*

Me limité a una sonrisa culpable como respuesta. No sabía qué responderle entonces; tampoco lo sabría ahora. He dejado pasar el tiempo, ocupado con otros quehaceres y otras historias y nunca escribí ni una línea sobre lo escuchado en nuestras charlas. Por esta causa o aquella, fui posponiendo el momento de comenzar. Desidia acaso sea el nombre adecuado a mi actitud, aunque cuento con una atenuante: De repente en el país resultó chic escribir sobre homosexuales, el tema se banalizó hasta convertirse en ingrediente que no podía faltar en un texto que aspirara a buena acogida por editoriales y público. La intención reivindicativa de un puñado de pioneros, que sacaron a la luz la existencia de una población marginada y disminuida en sus derechos ciudadanos, desapareció ante el desfile carnavalesco de homosexuales por la literatura cubana supuestamente más avanzada. De tabú se convirtió en fetiche por todos adorado, al punto de convertir a la icónica y gozadora Engañadora de Jorrín en un lastimero travesti.

No deseaba seguir ese trillo. Las historias de Lesbia María y sus amigos que pudieron graduarse, la de los míos que lo intentaron y no lo lograron, o la de Richard, quien prefirió no intentarlo, merecían algo más que un desfile en carroza. Hay historias que exigen ser escritas, que deben ser escritas a cualquier precio, ha afirmado Rogelio Riverón. Y no es por azar que nacemos en un lugar y no en otro, enseña el inmenso Eliseo, sino para dar testimonio.

Tal vez yo debiera dar el mío, escribir la historia que me exigía ser escrita.

*\*\*\*\*\**

«Vengan acá, compañeros… No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Abogados de manigua aquí? ¿Defendiendo qué? ¿Acaso es a la revolución?». Se sintió inspirada y se lanzó en un extenso discurso ante la mirada complacida de La Dentuza; tenía un arsenal fraseológico a su disposición y echó mano de él, ¿acaso no estaba en el grupo de los que tenían la fuerza de la razón de su parte…, sobre todo la fuerza?

«No se trata aquí de precios, ni si es la primera vez, o la segunda, o la tercera. Lo que los revolucionarios no podemos dejar sin castigo es el hecho mismo del robo. Eso va contra la moral socialista… Es lo que cuenta».

Se detuvo en espera del aplauso merecido por su última afirmación, pero se quedó con las ganas. Al menos había logrado detener la avalancha que amenazaba con opacar el brillo de su esfuerzo, se consoló.

Después de unos segundos de expectativa, dos oleadas de murmullos encontrados comenzaron a escucharse al unísono. Un equilibrio inestable de fuerzas comenzaba a instalarse. ¿Qué debería hacer, o decir, ahora? Sintió una leve descarga eléctrica correrle desde las rodillas a la nuca: Había agotado su reserva de frases hechas.

«Eso, eso, el robo», vino en su auxilio La Dentuza; habló bien alto y recalcando la palabra robo. «Eso es lo que tenemos que analizar y dejarnos de boberías… En esta universidad de los revolucionarios no se pueden graduar ladrones».

Si por rara casualidad alguien abrigaba todavía alguna duda al respecto, en ese instante quedó claro que La Jimagua no había improvisado ni había hablado por sí misma: Como solía, había sido el ariete accionado a distancia por un brazo ajeno. La verdadera distribución de pesas en la balanza de la justicia se ponía de manifiesto.

Los murmullos cesaron de inmediato. La Dentuza no ocultó su satisfacción por el resultado y esbozó una sonrisa. Se mantuvo unos segundos en silencio, observando. Disfrutando su momento de gloria. Pena que el Representante del Organismo Superior no se encontrara presente: Habría debido admitir que ella tenía todo el control de su escuela.

«Eso, eso, el robo», repitieron de inmediato los incondicionales de La Dentuza. Entre ellos había más de uno a quienes Facundo —a pesar de oponerse a repasar colegas como tarea política— había ayudado con alguna asignatura, pero el momento no era para detenerse en fruslerías: Un revolucionario no tiene compromisos más que con la Revolución, y ella era la voz de la Revolución en esas circunstancias. Y Facundo la representación de cuanto de pernicioso se debía erradicar de la Universidad.

\*\*\*\*\*

Quizás algunos, quizás todos, salieron de la reunión pensando en sí mismos y en las respectivas familias. No habían asistido a una pieza de teatro, como después la llamarían algunos, sino a una clase práctica de buena conducta política; de cómo aprovecharan la lección podría depender el porvenir de cada uno y de sus sueños.

Y hay que ser responsable con los sueños, convengamos en eso.

Si los padres aspiran a verlo a uno con un diploma universitario —acaso fuera el primero de la estirpe con la abreviatura Lic. antepuesta al nombre—, uno no tenía derecho a defraudarlos por un erróneo concepto de la solidaridad entre compañeros. Faltaba mucho todavía para la graduación, mejor no señalarse, mejor otorgar con el silencio, mejor no exponerse a perder lo alcanzado con tanto sacrificio familiar y personal. «Y si por creerme el padre Las Casas también me dejen fuera de la Universidad»… ¿Obligar a la familia a semejante dolor? ¿Y todo por qué? Ni que uno fuera Cristo. ¿No se afirma que a quien se hace el Cristo terminan crucificándolo? Y en definitiva, bueno o malo que haya sido —uno no es quién para juzgar a nadie—, es verdad: Facundo es maricón. Solo a un loco se le ocurriría buscarse la enemistad de quienes deciden por defender a un maricón. Ni que Dios lo quiera, qué diría papá cuando se enterara, él, que quizás hasta es un dirigente político o sindical, o un oficial de las fuerzas armadas.

Cuando el joven connivente llegue a casa y comente esos pensamientos, con seguridad sus familiares le expresarán que actuó muy bien, su deber es mantenerse estudiando y graduarse algún día, así es como mejor podrá servir al pueblo y a la Revolución y llenar de orgullo a la familia. Si a alguien lo separan de la Universidad por esta razón o por cualquier otra, incluso sin razón alguna, la Universidad está en su derecho de hacerlo, quienes la dirigen saben distinguir lo que conviene o no conviene a la formación de los futuros profesionales del país. Y la Universidad es gratuita, pero cuesta, no tiene por qué mantener en su seno a quien no merece estar ahí. El que todo el mundo tenga derecho a estudiar no tiene nada que ver con eso. A fin de cuentas, en todo caso son dos derechos contrapuestos, el de la Universidad y el del estudiante. Y entre dos derechos, lo lógico es que prime el del más fuerte, ¿no? Caso de mejor derecho. Quizás lo llamen así en la jurisprudencia.

Tomarlo en cuenta es colocarse en contexto.

\*\*\*\*\*

«Esa abogada que te casó era una descarada, se comía a tu novio con los ojos», me comentó después una tía, «Se pasó todo el tiempo echándole miraditas, y a veces ni disimulaba, yo no sé cómo no te diste cuenta». Yo era muy inocente, debía espabilarme. Con un marido tan lindo tenía que andar muy despierta, cualquier descarada podría tratar de quitármelo.

Ingenua mi tía: Claro que me di cuenta de aquella mirada desde el principio, pero también de algo más, algo que ella no hubiera podido sospechar jamás, porque la inocente era ella: no era a mi novio a quien miraba la abogada, sino a mí; disimulaba haciendo como si lo mirara a él, pero era a mí a quien se comía con los ojos.

Y de haber podido se hubiera comido otra cosa.

Me sorprendió y me sobrecogió un poco al principio, es verdad, pero sobre todo me halagó y me gustó mucho que una mujer como aquella, ya madura y aparentando mucha experiencia en la vida, tan elegante y segura de sí misma, con aquella forma refinada de hablar, me mirara con tanto deseo. También debería agregar que no era para menos, porque ese día yo estaba hecha un bombón, todavía tengo las fotos guardadas por algún lugar; un día de estos te las enseño para que veas, no es alarde mío. Esta amiga tuya estaba preciosa ese día de su segunda boda, como para despertarle el apetito a cualquiera, fuera varón o fuera hembra.

Y a ella se lo desperté de una manera que casi se podía tocar.

La mujer me contemplaba con tanta intensidad, con tanto gusto, recorría cada rincón de mi cuerpo con tanas ganas, que llegué a ruborizarme; los que me vieron habrán pensado en la emoción del momento, pero ella y yo sabíamos que era por otra cosa. Incliné la cabeza un poco, porque llegué a no soportar su mirada, pero enseguida volví los ojos en su busca, con disimulo, y sentí un gran alborozo por todo el cuerpo cuando advertí que seguía mirándome aunque aparentara leer el texto que, en realidad, repetía de memoria.

De súbito detuvo la lectura del documento legal, se dirigió a mí por mi nombre y apellidos y, en lugar de la pregunta habitual de «Aceptas a…», la oí preguntarme: «¿Dejarías a este mequetrefe aquí plantado y te irías conmigo ahora mismo?», «¡Sí!», respondí sin siquiera pensarlo, sin ninguna duda. Alargó la mano y a través de la mesa tomó la mía. Nos levantamos al unísono, echamos a andar y atravesamos el espantado coro de los presentes que, entre exclamaciones de todo tipo y algunas risas morbosas, se apartaba a nuestro paso. Salimos del salón, llegamos a la acera y abordamos el automóvil engalanado para llevar a los recién casados. Ella ordenó al asombrado chofer: «Arranca y sácanos rápido de aquí».

El hombre obedeció sin protestar y nos alejamos hacia un lugar que nadie jamás conocería.

Y que tampoco yo jamás conocería, pues el viaje fue muy breve, duró apenas el tiempo de mi fantasía, quebrada al oír que la abogada repetía la pregunta no respondida todavía: «¿Aceptas por esposo a…?».

Disponible en: <https://dmcphersoneditorial.com/viviendo-con-lesbia-maria>